

Sobre la situación en Alemania

Clara Zetkin
Noviembre de 1920

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Sur la situation en Allemagne](#)”, en l’[Archive Internet des Marxistes - Section française - Clara Zetkin](#))

El golpe de estado militar-monárquico de Kapp-Lüttwitz fue un paso inevitable en el desarrollo de la dictadura de la burguesía, escondida bajo la bandera de la democracia. Su objetivo era restablecer el régimen capitalista e impedir la instauración de la dictadura del proletariado y del sistema soviético. La asamblea nacional, el gobierno de coalición y sus engañosas leyes de socialización y de consejos de fábrica habían preparado el terreno para el golpe de estado, mientras que el gobierno de Noske se encargaba de masificar y armar los batallones indispensables que debían llevar a cabo el plan. El gobierno de coalición no era más que la encarnación del sangriento terror burgués disfrazado bajo el manto de la democracia. El golpe de estado militar desgarró todos esos harapos y el militarismo apareció en toda su desnudez. Los partidarios de Kapp quieren establecer a toda costa la dictadura burguesa, que dará autoridad a los junkers prusianos y a los representantes de las altas finanzas en forma de poder militar monárquico. Los seguidores de Ebert quieren la dictadura de la burguesía, que daría a los industriales y comerciantes el papel dominante y que se realizaría en forma de democracia burguesa. La única garantía real de una victoria sobre el militarismo monárquico sería la destrucción del suelo que lo alimenta y donde hunde sus raíces. Y para ello es indispensable ampliar y desarrollar la revolución proletaria, armar a los obreros, desarmar a la burguesía y a las clases ricas y, en consecuencia, destruir el militarismo tan tiernamente acunado por Noske. El gobierno de la burguesía y de los socialistas ha tenido miedo de adentrarse por este camino. Sabía que si lo hacía rompería la espada que defiende y sostiene el poder de los capitalistas, y que al mismo tiempo armaría, por el contrario, al enemigo mortal de este poder de clase, que pronto le asestaría un golpe terrible...

Adoptando el punto de vista de la colaboración política de los explotadores y los explotados, y considerando que es su deber defender el régimen y la propiedad burgueses, está condenado al ridículo y al cobarde aplastamiento. Sin embargo, comprendió que sólo el proletariado estaba en condiciones de derribar a la camarilla monárquica y militar sediciosa y defender con éxito las llamadas “conquistas revolucionarias” y la propia revolución. Pero para este gobierno las “conquistas revolucionarias” consisten en sillones ministeriales y gruesas sinecuras para sus clientes políticos y fieles seguidores. Pues mediante el estado de sitio, las detenciones, la censura, los consejos de guerra, la guardia gubernamental, los cuerpos de voluntarios, etc., ha rebajado esas conquistas hasta el nivel de la libertad democrático-burguesa ordinaria, mientras que mediante una serie de medidas como el cierre de muchos talleres ferroviarios, la introducción del trabajo a destajo obligatorio o voluntario, la ley de sóviets industriales, el fusilamiento de los huelguistas, ha vuelto a reforzar el frente capitalista entre los trabajadores.

No es por la revolución, sino exclusivamente por la prolongación de su propia beatitud, por lo que Ebert y Noske llamaron al proletariado a proclamar la huelga general, que ayer mismo seguían censurando como el crimen más incalificable que puede cometerse contra el pueblo alemán. La idea de armar al proletariado les llenaba de un

miedo mortal. Eran perfectamente conscientes de que el proletariado que tomase las armas para defender la revolución y la república no sólo haría imposible que los Kapp y Lüttwitz hicieran daño, sino que esto sería la señal para la lucha contra el capitalismo y contra el gobierno de coalición, existente para mayor gracia de la burguesía y que defiende celosamente sus intereses. Desde el principio de la crisis, estaba claro que el gobierno estaba dispuesto a ser salvado por los trabajadores en huelga, pero se negaba a dejarse llevar por los trabajadores en el camino de la lucha por el socialismo y la dictadura del proletariado. La huida de Berlín, bajo el falso pretexto de que “en la guerra civil no debe derramarse ni una gota de sangre”, fue sintomática. Este pretexto constituye una flagrante contradicción con la crueldad de los seguidores de Ebert, que en ningún caso se detienen ante los horrores de la guerra civil, aplastando sin piedad con ametralladoras y cañones cualquier intento revolucionario del proletariado. Esta huida no hizo más que justificar el dicho: “los amigos se pelean para llegar a una mejor reconciliación”. El gobierno estaba dispuesto a pactar con los imperialistas insurgentes. Todos los demócratas burgueses (a excepción de un pequeño grupo sin influencia) deseaban con toda su alma unirse al poder militar restaurado para oprimir al proletariado al unísono, pronto se hizo evidente que para estos señores la preocupación por la propiedad y otros bienes burgueses era más importante que el conjunto de la democracia burguesa, a cuya defensa apelaba el partido de la coalición.

Así, el proletariado se vio obligado a luchar contra la contrarrevolución militarista, sin albergar la menor ilusión sobre la situación general o las intenciones de sus enemigos, sino inspirado únicamente por la conciencia de su tarea histórica y sus intereses de clase, que exigían el desarrollo ulterior de la revolución. Para la masa del proletariado estaba claro que había que destruir el militarismo para arrancar esta arma de dominación de las manos de los explotadores capitalistas, que, mediante el desarme de la guardia gubernamental, del ejército voluntario de la milicia civil y burguesa, en una palabra, mediante el desarme completo de las clases ricas y el armamento de los trabajadores, había que conquistar una posición fuerte que fuera el punto de apoyo y la clave para la conquista del poder político. La convicción general de todos los representantes de la vanguardia revolucionaria del proletariado era que sin el armamento de los obreros es imposible organizar la defensa de los sóviets y que no es posible la dictadura del proletariado. Esta convicción no ha hecho más que arraigar en el pueblo. Y ahora es evidente para todos que ni el gobierno ni la democracia burguesa pueden aceptar estas exigencias: el desarme de la burguesía y el armamento de los obreros. Esto sólo puede ser obra de los propios trabajadores. Los sóviets obreros y los comités de guerra, creados apresuradamente, empezaron a organizar y dirigir enérgicamente la lucha revolucionaria. En una oleada unánime, con gran valentía, los obreros acudieron de todas partes y se lanzaron a la lucha. La huelga general, como una amplia ola, se extendió por todo el país. Incluso el personal técnico, los trabajadores comerciales y los empleados de diversas instituciones se vieron desbordados por esta ola. Los trabajadores y empleados de ferrocarriles, tranvías, correos y telégrafos declararon la huelga. En el campo se produjeron importantes huelgas. No cabe duda de que, para algunas categorías de proletarios, y sobre todo para los funcionarios, las consignas de los socialdemócratas eran: huelga por la república, por la democracia, por la constitución, contra la monarquía.

Pero también es muy cierto que la masa de trabajadores no se puso en huelga por la cara bonita de la burguesía. Su consigna era: “¡Abajo Kapp y Hindenburg, Bauer y Ebert!”, “¡Abajo Lüttwitz y Noske!”. Las masas comprendieron muy bien que el objetivo de su lucha no podía ser la democracia burguesa y la “colaboración” armoniosa de los explotadores y los explotados, que ese objetivo tenía que ser la dictadura del proletariado de hoy y de mañana. Los proletarios no eran tan ingenuos como para creer que este

objetivo podía ser el objeto concreto de la lucha actual. Por el momento, el único esfuerzo que se podía hacer era consolidar las posiciones proletarias para impulsar la lucha por el poder. La huelga se desarrolla en todas partes bajo la consigna: desarmar a la burguesía y armar a la clase obrera. A esta consigna se ha añadido otra exigencia: la liberación inmediata de los revolucionarios condenados o encarcelados, el cese inmediato de todos los procesos judiciales contra los militantes revolucionarios, el levantamiento del estado de sitio, la abolición de la censura, etc. A pesar de la diversidad de las consignas proclamadas por los distintos partidos socialistas y los diversos sindicatos, los proletarios se agruparon en un solo frente. No son los llamamientos y las resoluciones formuladas sobre el papel e imaginadas por los dirigentes y los altos funcionarios los que los han unido. No, lo que les une estrechamente para la lucha revolucionaria es lo que dicta la experiencia, la conciencia de su posición de clase. Este hecho característico se ocultó un poco como resultado de la participación en la lucha de los socialdemócratas mayoritarios con las consignas de la burocracia sindical. Los dirigentes socialpatrióticos han tratado de ocultar la importancia del recién formado frente único. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, este hecho afecta fuertemente al sentimiento social de las masas, que comprenden instintivamente todo su significado.

En el transcurso de la crisis, se ha puesto de manifiesto la importancia de la línea del Main como frontera socio-política. No fue por pura casualidad que el gobierno de Ebert huyera a Stuttgart. El gobierno encontró allí una defensa a la derecha contra la contrarrevolución, a la izquierda contra el peligro constante de la toma del poder, no por medio de algunos miles de guardias del gobierno, con espíritu militar, sino gracias a su milicia, formada por estudiantes, hijos de papá, pequeños burgueses, campesinos que lucharon por su cuenta y riesgo, defendiendo la democracia contra el “bolchevismo”.

Como siempre han mantenido los marxistas, estaba claro que, en la fase actual de desarrollo social, la democracia política de Alemania del Sur es el resultado de su estado económico atrasado y no de su progreso político. A pesar del sentimiento social y del coraje del Partido Comunista de Wurtemberg, que ha levantado valientemente la bandera de la lucha proletaria, la existencia de profundas capas de pequeña burguesía y de campesinos, la influencia del débil desarrollo de la industria y de los antagonismos de clase, la ausencia de grandes masas proletarias cimentadas en la conciencia de su número y de su fuerza, se hicieron sentir fuertemente durante la revolución en Alemania del Sur. Incluso puede ser que en el futuro el país al sur de la línea del Main desempeñe el papel de una “Vendée democrática” (*mutatis mutandis*), en la que nacerá la idea de la “Alianza del Rin”, y por tanto toda la fuerza de este movimiento se dirigirá contra el proletariado revolucionario del norte industrial.

Ha bastado con que el gigantesco proletariado declarase la huelga, para que el fantasma del gobierno insurreccional de Kapp-Lüttwitz se disipase como una bocanada de humo. En este caso, no sólo el carácter general de la huelga desempeñó un papel muy importante, sino también la firmeza y la amplitud sin parangón del movimiento en Berlín. Aunque Kapp y Lüttwitz fueron expulsados rápidamente, los Kapp y Lüttwitz siguen siendo numerosos en Alemania. No han podido destruir completamente a la soldadesca, porque la burguesía, que quería mantenerse en el poder, no podía renunciar a sus servicios. Tampoco hemos logrado el desarme de la contrarrevolución burguesa y el armamento de los obreros, excepto en las localidades donde los propios proletarios han tomado las armas, han expulsado a las tropas nacionales y han desarmado a la guardia civil, a la milicia municipal y a los destacamentos de voluntarios. Así sucedieron las cosas en Alemania Central, especialmente en Turingia, en ciertas localidades de Sajonia y en las provincias renanas de Westfalia, donde los numerosísimos obreros industriales representan una masa compacta, penetrada, gracias a su superioridad numérica, por la

conciencia de su fuerza, y donde el proletariado de las fábricas y talleres, rico en esperanzas, se deshizo de todas las ilusiones que antes tenía sobre la burguesía democrática y el gobierno de coalición. El golpe de estado se llevó a cabo sin problemas, sin derramamiento de sangre e incluso sin “violencia” cuando el proletariado estaba a las órdenes del partido comunista, compacto, bien organizado y perfectamente consciente de su objetivo y de los caminos que conducían a él. En Turingia, Leipzig y la región de Alemania Central donde se encuentran los principales yacimientos de carbón gris, el golpe de estado terminó, tras una feroz lucha del proletariado, con el advenimiento del terror blanco. Este fue el resultado de la traición apenas velada de la mayoría socialdemócrata y de la burocracia sindical. Los dirigentes del Partido Socialista Independiente, que se han mantenido fanáticamente fieles a las viejas y erróneas tácticas del partido, no están exentos de responsabilidad. Los independientes, que no tienen una línea de conducta clara y precisa, dudaban constantemente entre el deseo de abandonar el campo de batalla y la escasa voluntad de luchar; siempre iniciaban negociaciones en los momentos en que era necesario actuar, debilitando el ardor de los combatientes y paralizando su energía.

Sin embargo, la crisis ha terminado con el éxito de los obreros revolucionarios. El gobierno Bauer-Noske tuvo el mismo destino que el gobierno Kapp-Lüttwitz. Por supuesto, este fue un éxito muy modesto y bastante escaso. En realidad, lo único que ocurrió en el gobierno fue un cambio de personajes, que no eran más que marionetas en manos de la burguesía dominante; en cuanto al programa de gobierno y todo el sistema de gestión, básicamente burgués, ambos permanecen inalterados. El canciller Müller continúa la obra de Bauer; para mantener la inviolabilidad y la gloria del régimen burgués explotador basado en la propiedad capitalista, Müller sigue engañando, oprimiendo y fusilando a los obreros. Noske ya no existe, pero el “sistema Noske” sigue vigente y el terror blanco militar florece. Este estado de cosas se debe, sobre todo, a la actitud criminal de la burocracia sindical, con el socialtraidor Legien a la cabeza; lograron engañar a los obreros y lo hicieron con tal habilidad que los obreros se dieron por satisfechos cuando el gobierno aceptó dar curso, al menos verbalmente, a las nueve reivindicaciones presentadas por los sindicatos. Una vez hecho esto, los legalistas hicieron sonar la trompeta de retirada, exigiendo el cese inmediato de la huelga, que así no tuvo tiempo de alcanzar su punto álgido.

Los líderes del ala derecha de los independientes también son responsables del resultado de la huelga. En todas partes y siempre, han tratado de vincular todas las acciones políticas del partido con las de la burocracia sindical y la mayoría socialdemócrata; además, la culpa sigue siendo de la debilidad de la conciencia revolucionaria y la falta de energía de los dirigentes del ala izquierda de los independientes que no pudieron resistir a Hilferding y Crispian. Sin embargo, el cambio de gobierno atestigua el incesante crecimiento del poder del proletariado, que se ven obligados a reconocer y a ceder. En los estratos más profundos de la sociedad capitalista se ha producido un movimiento bastante violento que altera la correlación de fuerzas de las clases que luchan por el poder y agrieta la cáscara exterior: el régimen social sigue en pie, pero está siendo socavado por todos lados.

La consolidación del poder de la democracia burguesa y la formación de un gobierno de coalición son sólo éxitos temporales, logrados al precio de la sumisión total al militarismo. La acción del proletariado revolucionario alió fraternalmente a la democracia burguesa con los conspiradores militares monárquicos; asustados por el peligro de una dictadura proletaria, les tendieron la mano. La fusión de todos los elementos contrarrevolucionarios en un solo bloque hostil a la clase obrera es un hecho consumado; sólo una minoría insignificante de la democracia burguesa, que dirige la

lucha contra el peligro de la derecha e insiste en la necesidad de hacer concesiones a la izquierda, no entra en la composición de este bloque. El *Frankfurter Zeitung* se ha convertido en el órgano de este grupo, y lo mismo hay que decir de ciertos círculos de pequeños agricultores y funcionarios que tienen tendencia, al menos, a coquetear con el “bolchevismo nacionalista”. La consigna de la democracia en su conjunto ya no es la lucha contra el militarismo, sino la lucha junto a él contra el “bolchevismo”. La marcha de estos acontecimientos, que ha tenido un resultado contrarrevolucionario, conducirá, tarde o temprano, a la ruina de toda la democracia burguesa. Socava sus cimientos, destruye sus últimas ilusiones, aniquila su autoconfianza y fomenta la lucha de clases, haciéndola tender hacia su inevitable meta histórica.

Una consolidación de fuerzas, no menos considerable, se ha producido en el otro lado de la sociedad. Desde las luchas revolucionarias de 1919, el proceso de fortalecimiento de la conciencia revolucionaria y la agrupación del proletariado ha progresado enormemente. A medida que la conciencia revolucionaria ha crecido, las masas trabajadoras han manifestado cada vez más su voluntad revolucionaria, su espíritu de lucha y su disposición a hacer todos los sacrificios necesarios. La táctica y la estrategia de las masas se han desarrollado, se han vuelto más firmes y su apreciación de la correlación de fuerzas en la lucha se ha vuelto más precisa; sus ojos captan ahora con mayor exactitud la diferencia entre el objetivo permanente de la lucha y sus metas provisionales; las masas obreras reconocen ahora con mayor claridad la necesidad de ser solidarias entre sí y de actuar en perfecto acuerdo. La experiencia del período revolucionario ha enseñado mucho a todo el proletariado; la fuerza de las tradiciones revolucionarias, creadas durante las luchas del año pasado, se manifiesta ahora en la práctica. La vanguardia revolucionaria de la clase obrera ha aumentado mucho en número, conciencia y fuerza de influencia decisiva sobre las grandes masas obreras. Este hecho se explica no sólo por la lección edificante y práctica de los acontecimientos, sino, al mismo tiempo, por la actividad y la propaganda del partido comunista no sólo entre sus miembros, sino también entre las masas proletarias que se habían mantenido alejadas de la lucha de clases proletaria, como, por ejemplo, la masa de los independientes y especialmente su ala izquierda. Las últimas luchas han fortalecido en el proletariado la conciencia de su propia fuerza; ha salido de estas luchas con una comprensión más clara de la verdad pura y simple de que sólo el armamento de las masas obreras puede hacerlas fuertes y que necesita sus propios órganos de lucha revolucionarios, los sóviets obreros, para lograr este armamento. Por lo tanto, la principal tarea de la vanguardia revolucionaria es mantener los sóviets surgidos durante y para la lucha, insuflarles vida y hacerlos aptos para el combate mediante acciones revolucionarias y no mediante fórmulas muertas. Para llevar a cabo esta tarea, la vanguardia revolucionaria debe dirigir el rápido movimiento revolucionario del momento histórico actual y aumentar su velocidad cada vez más. Es probable que la lucha actual se enfrente a otras fuerzas en las próximas elecciones, y en este caso no se tratará de las habituales elecciones parlamentarias, sino de elecciones revolucionarias, e incluso es posible que el Reichstag sea elegido sólo para ser disuelto.

Todavía no podemos predecir hasta qué punto el curso de los acontecimientos cambiará la situación política en las provincias renanas de Westfalia, porque las noticias que llegan de allí carecen de precisión y claridad. Sin embargo, parece que la lucha entre la burguesía y el proletariado no sólo ha adquirido hasta ahora un carácter más feroz y amplio que en otros lugares, sino que también se ha caracterizado por un fortalecimiento cada vez mayor de su contenido interno.

En esta lucha, el nuevo gobierno de coalición, que está en el poder gracias a Legien y con el permiso de los sindicatos, está mostrando toda su deshonestidad y cinismo. Este gobierno sólo aprobó los acuerdos de Bielefeld y Münster para violarlos casi

inmediatamente. El objetivo de estos acuerdos es alargar la lucha y ganar tiempo hasta el final de las vacaciones de Semana Santa, cuando será muy difícil volver a reunir a los obreros, que se han ido a pasar las vacaciones a sus casas, y conseguir que retomen la lucha. Al mismo tiempo, el gobierno de coalición muestra su ciego y obstinado afán de servir al régimen capitalista. Es el gobierno que provocó la entrada de las tropas francesas en Fráncfort del Meno y Darmstadt enviando a la guardia blanca a la zona neutral para reprimir la insurrección obrera.

¿Cuál será el final de la lucha? No se decidirá por el grado de sabiduría del gobierno de socialpatriotas, representantes del centro y demócratas, sino por la intensidad de la discordia interna que lo corroe. El resultado de la lucha depende también de la violencia de las represalias militares que este gobierno utilizará para defender a los magnates del capital y al régimen burgués. También dependerá de la conciencia de clase, de la resolución de sacrificio y de la voluntad revolucionaria que los proletarios de toda Alemania muestren al defender la causa por la que luchan con tanto heroísmo y sublime valor sus hermanos de las provincias renanas de Westfalia. Pueden ganar, pueden conquistar una posición muy poderosa en la lucha por el poder político, pero sólo si quieren, siempre que actúen con toda la energía posible. Pero, ¿son el sentimiento social y la voluntad revolucionaria del proletariado alemán lo suficientemente fuertes como para intentar, inmediatamente después de las grandes luchas de estos últimos días, una nueva, violenta y grandiosa lucha? El proletariado es el único que puede responder a esta pregunta.



germinal_1917@yahoo.es